

MÁRMOL, MANUEL MARÍA DEL (1769-1840)

COLECCIÓN DE POESÍAS DIVERSAS

ÍNDICE:

TARFIRA: LA DEFENSA DE SEVILLA

1
Naves salen, naves salen

2
Por sereno mar resbalan

3
A la celeste balanza

4
Serenos ya mar y cielo

5
La noche desde los cielos

6
Ya los candidos caballos

7
Hay un escondido valle

8
En un poderoso tordo

9
Arroja lejano Polo

10
Llenas de gozo las almas

11
Con escogidos ginetes

12

Antes que la negra noche

CELINDA ZELOSA

REDUAN Y GAZUL

DARAJA ZELOSA

EN LA MUERTE DE ABENAMAR

1

«Rio verde, rio verde,

2

Sobre el Alhambra retumba

3

En la ciudad de Granada

TARFIRA: LA DEFENSA DE SEVILLA

1

Naves salen, naves salen
de la tunezinas calas,
y de ellas contra el romano
Hannibal no sacó tantas.

Mil ligeros Amorcillos
retozan sobre sus gavias
y a par de las banderolas
mueven sus ligeras alas.

A los mastiles coronan
de mirto pomosas ramas
y festones de laureles
penden de las popas anchas.

Sobre la estendida quilla
feroces guerreros vagan,
que de acerados escudos

brillantes rafagas lanzan.

Hasta las tirantes cuerdas
llevan sus hierros mil lanzas
sobre las que el viento silva
y su imagen el Sol graba.

¿Y si armas para que amores?
¿Si amores, para que armas?
Bellos ojos solo vencen
de Cupído en las campañas.

Y del furibundo Marte
en las hórridas batallas
no hieren de amor las viras,
que hiera la hoz de la Parca.

Se descubre en una nave
gentil doncella sentada
para Minerva muy bella,
para Venus muy armada.

Almayzar rojo se tiende
sobre la brillante malla,
que oprime el turgente seno
y cubre la bella espalda.

Los blondos cabellos libres
a los puros ayres vagan,
cual las aguas ondeantes
y rojos como la llama.

En los brazos fuerte escudo,
lanza en su mano acerada,
yelmo luciente en la testa,
que blandas luces exhala.

En la cimera garzotas
simetricas se levantan,
que tiemblan al ser medidas
blandamente por las auras.

Alta bandera en la popa
se tiende, cual nieve blanca,
que «Tarfira y Alí» lleva
escrito en letras doradas.

¿Donde, donde vas Tarfira?
Si no vences con tus armas,
vencerás con tu belleza
cuantos enemigos hayas.

2

Por sereno mar resbalan
las galeras de Tarfira,
que ni sacuden los vientos
ni mecen las blandas brisas.

Sentada sobre sus bancos
de grumetes las cuadrillas
hienden con su canto el aire
y con sus remos las linfas.

Responden lejanos ecos
de las montañas vecinas
y los dulces alciones
de la no lejana orilla.

A las empinadas vergas
la ociosa vela ceñida
deja ver a las estrellas
que con mansa lumbre brillan.

En las cristalinas aguas
sus ardientes cuerpos pintan
y parece que las naves
entre dos cielos caminan.

En el Oriente el piloto
fija continuo la vista
por ver si el Alba le trae
el viento por que suspira.

Ve que la estrella de Venus
sobre las playas se encima
y saluda alborozado
la precursora del día.

Con su lumbre ve a lo léjos
las elevadas mezquitas

y los fuertes torreones
de cercano Argel, Tarfira.

Un lastimero gemido
del hondo del pecho espira
y con una voz turbada,
que ahoga en su pecho la ira,

«Cobarde Albumazar -dice-,
»¿Porque la corona ciñas
»del argelino descansas
»en la ociosidad tranquila?

»¿Juzgas firme tu corona,
»segura tu imperial silla,
»si corona y silla pierde
»Arxataf el de Sevilla?

»¿Qué, descansara Fernando
»ufano de su conquista
»sin que al hijo de Mahoma
»en el Africa persiga?

»¿Y aunque no, di, sera honra
»del hijo de los califas
»dejar que el cristiano huelle
»la cerviz de la morisma?

»¿Que humille el de la Judea
»al Profeta de Medina?
»¿Que eclipse la Cruz las Lunas?
»¡Oh negra mengua! ¡O mancilla!

»Solo tú, Alí, tú, bien mio,
»tienes honra y no serías
»de Tarfira digno amante
»si embainaras tu cuchilla.

»El Guadalquivir sus aguas
»lleva en mora sangre tintas
»y no hay moros que coronen
»las murallas de Sevilla,

»los niebladinos tan solo...
»¡ay!, quizás a esta hora misma
»con prez de bravo cristiano

»ya Niebla gime cautiva.

»Y tú, mi Alí, tú, no otro,
»sostienes la lid aun viva,
»sostenla mientras que llega
»Tarfira a tu lado y lidia.

»Por Mahoma y por mi amado
»mis manos la espada esgriman
»y vibren la fuerte lanza
»y veloz dardo despidan.

»Si al fortunado Fernando,
»rey invicto de Castilla,
»pueden robarse laureles,
»los ha de robar Tarfira.

»No, no, pues que no hay humano
»que con Fernando compita,
»un Dios solo ha de robarlos,
»Amor, que en mi pecho anida».

Dijo, y el Sol de las aguas
alza su frente ceñida
de blandos, tempranos rayos
que sobre el quieto mar vibran.

Delante de el se levantan
vientos que las aguas rizan
y a sus permanentes soplos
con rumor corren las quillas.

Espumas albas levantan
con que las proras salpican,
que se tornan en topacios
por la nueva luz heridas.

Suelta el grumete los remos,
las blancas velas se izan
y hacia las aguas de España
las bravas galeras viran.

el rey de las luces llega,
crinando su roja frente
rayos que el Otoño templá.

Rige su carro de llamas
por las encumbradas sendas
que al Crucero y los Triones
a iguales distancias dejan.

De su pértigo de escarchas
sacude Arturo las riendas,
ufano de que es el tiempo
en que a los cielos impera.

Ya en las Pléyades pluviosas
dudosa luz centellea,
anunciando al Equinoccio
que en veloz paso se acerca,

¡Ay!, que en la celeste cumbre
inmensas alas despliega
y, batiéndolas, sacude
a la pavorida tierra.

Su aliento son Aquilones
y sus ojos son centellas
y do quier pone la planta
súbito nacen tormentas.

Se alzan en los anchos mares
y amenazan las estrellas
de turbias aguas montañas,
que trémulas, balancean.

Del polo escapado el Noto
sobre la mar brama y vuela,
y en su soplo las arrolla
y en las orillas vuela.

Allí rechazadas vuelven
atras su veloz carrera
y elevadas las sostienen
otras que de nuevo llegan.

Mil grupos de pardas nubes
desde el cielo se despeñan

y tierras y mares cubren
las pavorosas tinieblas.

Si del Sol algunos rayos
su negro seno penetran,
cardena lumbre las pinta,
palido fuego las quema.

El relampago entre sombras
en vano a lucir se esfuerza
y, apenas nacido, muere
sin dejar de sí ni aun huella.

Rueda el trueno por los cielos,
sobre la mar se despeña,
bramando fiero se ahoga
entre las olas que eleva.

Las galeras de Tarfira
ni obedecen a las velas
ni ceden al gobernalle
ni en las anclas esperan.

Ya suben hasta los cielos,
ya al suelo de la mar llegan,
ya se juntan con estruendo,
ya separadas voltean.

Tales como bello bando
de palomas ternezuelas,
si el gavilan las persigue,
ó ven al aguila artera.

Gime el triste marinero,
el piloto desespera,
Tarfira medrosa clama
con estas palabras tiernas:

«Olas naufragas, si tanto
»os va en que una amante muera,
»perdonadme cuando voy
»y matadme cuando vuelva.

»Llegue yo, llegue a Sevilla,
»a mi querido Alí vea,
»lfbrelo de los cristianos,

»¿que importa que entonces muera?«.

Un relampago encendido
las vecinas tierras muestra.
A Abila y a Calpe mira,
que ante sus ojos se elevan.

«No otros padrones menores
»y no ménos nobles piedras
»deben guardar la memoria
»-dice- de mi grande empresa.

»Muero porque asi los cielos
»en su furor lo decretan,
»mas haya mano que ponga
»en ambos montes tal letra:

»En este mar, pasajero,
»que las faldas nuestras riega,
»a Tarfira la de Tunez
»sepultaron ondas fieras.

»Murió de amante y de osada.
»Amó a Alí, moro Venega,
»y osó contra aquel Fernando
»que invicto canta la tierra,

»No la culpa de la mora
»le dió muerte tan acerba,
»sí la fortuna que ampara
»al hijo de Berenguela».

Dijo, y el Herculeo estrecho
las medrosas naves dejan
y el Oceano se tiende
bajo sus quillas ligeras.

Allí nació la esperanza
que a la afligida consuela.
Calla el viento, huyen las nubes:
presagio de calma presta.

4

Serenos ya mar y cielo,

van de Tarfira las naos
sulcando las claras aguas
de estendido Oceano.

Libre ya la bella mora
del pasado sobresalto,
de la no lejana costa
puede gozar los encantos.

Ve las elevadas torres
que alzó Tarif africano
a las estendidas faldas
de Ogén cual las nubes alto.

Vislumbra el famoso alcazar
en que Guzman el nombrado
fué buen esposo y buen padre,
pero fué mejor vasallo.

Ve de Bolonia los muros
que del tiempo dura mano
volcó con gozo del moro
y con dolor del cristiano.

Ciudad que por su belleza
de «Bellonia» el nombre grato
logró cuando era pueblo
y perdió cuando fue campo.

A la fiera mar se abanza
Trafalgar, temido cabo,
si por los contornos bello,
infame por los naufragios.

Enagenada contempla
aquellos floridos prados
que de Elisios merecieron
el sobrenombre sagrado.

Las colinas do terminan
coronan los pinos altos
por los vientos sacudidos
y por la mar salpicados.

Mira a Gades sobre el agua
altos muros levantando,

la envidia de las naciones
y el emporio de las naos.

La deseaba el fenicio,
la robó el peno esforzado,
la tubo el romano y godo
y la goza el africano.

El Atlas su altiva cima
en las aguas va ocultando,
el Atlas en que las sendas
Atlante estudió del astro.

De Onuba las cordilleras,
de rosas y de amarantos
vestidas, alzan su frente
junto a el galan lusitano.

De Ronda el enhiesto monte,
de la España inmortal faro,
a el cielo lleva sus picos
con eternas nieves cano.

Entonces astuto el piloto,
hacia su diestra virando,
cuidoso busca las bocas
del Guadalquivir cercano.

Pasa medroso las Sirtes
con que Natura ha guardado
a su mas querido río
que privilegió su mano.

Él, sereno y apacible,
abriendo su seno incauto,
recibe las fuertes naves
que vienen a sojuzgarlo.

Barramet, moro que impera
de Solúcar en el Fano,
las lunas ve y las banderas
por los vientos flameando.

Con dulzainas y añafiles
festeja al amigo bando.
Tarfira con atabales

responde al saludo grato.

Hiergue Gibalbín su frente
tras pinos y alamos blancos
que desde las bellas playas
se alzan en risueños prados.

Pastan las gramas y alfalfa,
beben el aljófara claro
del sesgo río el cordero,
toro y andaluz caballo.

De orilla a orilla revuela
el flamenco purpurado
y sobre las claras ondas
nada perezoso el pato.

Y ya la antigua Nebrissa
se eleva sobre un ribazo,
se estrecha el tranquilo río
y riega el mirto sagrado.

Suena atabal y trompeta
y, las velas amainando,
las tersas arenas muerde
del ancla el diente ferrado.

De allí se esparcen escuchas
al campamento cercano
y espera Tarfira el día
del combate suspirado.

5

La noche desde los cielos
su atezado manto tiende
tachonado de luceros
y de estrellas refulgentes.

De adelfas y de beleño
orlada sus negras sienes,
velado el cuerpo de sombras
que a sus tardas plantas crecen.

El carro de ébano rige

que rueda en sus lentos ejes,
aguijando sus caballos
que visten nieblas perennes.

Por el cielo resbalando
la placida Luna viene,
que de su seno de nacar
templadas rafagas vierte.

Argenta el tendido prado
y a las flores que en el duermen,
da luz dudosa a las selvas,
blando brillo a las corrientes.

Sobre la espalda del rio
pinta columna tremente
y si blandas ondas pasan
les da lucientes rieles.

Y los sosegados sueños
de los ayres se desprenden
que con su aliento suave
al hombre y la planta aduermen.

Los soldados de Tarfira,
los pilotos y grumetes
en sus miembros y ojos lasos
un no ingrato peso sienten.

Veladoras centinelas
a las galeras defienden
y ellos sobre el ancha tilla
recostados se adormecen.

En rededor revolando
serenas las auras leves
sus lasos miembros regalan
y dan frescura que aliente.

Los tréboles y los mirtos,
que las orillas guarnecen,
sueltan fragantes perfumes
que en sus blandas alas lleven.

La tórtola alla a lo léjos
arrullo da permanente

tan dulce amigo del sueño
como de amantes placeres.

Algunos de los guerreros,
que el sueño rendir no puede,
ó dulces amores cantan
ó glorias de mora gente.

Ó entre risas plañcenteras
las aventuras refieren
de aquel califa que el nombre
de alegre y de sabio tiene.

Ó dicen de los Xerifos
los honores eminentes
ó cuentan las caravanas
que a la Meca van ó vienen.

Tarfira sola en la popa
enagenada revuelve
mil cuidadosos pensamientos
y mil males y mil bienes.

Ya dudas y ya temores
en el triste pecho hierben,
ya indecisa, ya resuelta,
sus intentos dan que pene.

Se levanta presurosa,
los ojos al cielo vuelve,
llama a un moro y estas voces
con turbado aliento vierte:

«Ve, corre, corre a Sevilla,
»buscaras a Alí Hamete,
»y a solas has de decirle:
»Alí, ya Tarfira viene.

»Por el lado de los montes
»aun el moro imperio tiene,
»que el Guadalquivir estorba
»al cristiano que alla llegue.

»Aun niebladinos te ayudan
»y de Sevilla la suerte
»no al pie de sus mismos muros,

»no, decidirse no debe.

»Ya mas aca de Nebrisa
sus naves Tarfira tiene.

»Eres adalid experto.

»Bastante te he dicho ¿entiendes?».

6

Ya los candidos caballos
enjaezados de corales
de la Aurora sonrosada
las sendas de Oriente baten.

Con paso magestuoso
el carro de nacar traen
sobre rosas y alhelies,
sobre jazmines fragantes.

Sacudiendo de sus hojas
las sombras, la flor se abre
y gratos colores viste
y aromas vierte su caliz.

En los mastiles posadas
ó girando por los ayres,
dan sus tempranos saludos
a su nueva luz las aves.

Y los ecos, cuyas lenguas
ligaba sueño suave,
de las grutas, de los montes,
bajan a playas y valles.

Suenan en la capitana
las trompetas y atabales,
rueda el son sobre las aguas
y por los prados se esparce.

Sacudiendo de sus miembros
el soldado vigilante
el peso que le adormia,
vaga ya sobre las naves.

Uno las bellas garzotas

compone de su turbante,
otro de los alquizeles
las toscas rugas deshace.

Cual cruza sobre la malla
antes sueltos almayzares,
cual lanza y escudo empuña,
cual ciñe valiente alfange.

Los ligeros vientecillos,
que renaciente Sol trae,
ondas en el claro rio
y en los gallardetes hace.

A una voz que da Tarfira,
planchas en la playa caen
y entre canciones y vivas
la gente a tierra sale.

De sus valientes soldados
intenta hacer alarde
para conocer sus fuerzas
y con su voz alentarles.

Tres escuadrones se forman,
armas, color y plumage,
dicen que son tres naciones
las que a la batalla trae.

Pasan los que al ancho Nilo
beben los claros raudales
y del estendido Delta
pisan rojos arenales.

A las alzadas palmeras
mecen los vientos australes,
dandoles dulce alimento
en el desprendido datil.

El sangriento cocodrilo
con su rugido espantable
menos hórrido el estruendo
les hace del fiero Marte.

Cabos amarillos llevan
en sus candidos ropages,

memorias de que adoraron
al dorado Sol sus padres.

Las medias lunas coronan
sus abultados turbantes
en honor de aquel Mahoma
que sus ritos logró darles.

Partesanas en sus diestras
y en la cintura alfanges,
son las cortadoras armas
con que van a los combates.

A su frente Abufar viene,
Abufar moro arrogante
que en sus esfuerzos es fiera
y en sus miembros es gigante.

Abufar que solo a veces
hordas dispersó de alarbes,
que en fuga llevan su afrenta
aun mas alla de los mares.

Manifiesta su ufanía
haciendo que altivo marche,
que no hay peligros que tema
ni enemigos que no asalte.

Hijos de la obscura noche
en pos de si Alafut, trae,
cual la soledad callados
y negros como su madre.

Nacidos en las campiñas
que el fecundo Nilo parte
de las ocultas regiones
donde entre peñascos nace.

Campos, en que ruda arena
Ostro bramador esparce,
donde no hay yerba ni arbusto
que las verdes hojas alze.

A el ciervo veloz alcanzan
ya en el monte, ya en el valle,
cuando en sus cazas esclavas

las tiernas gazelas hacen.

Al bravo rey de la selva
en desigual lucha abaten
y cierran entre sus brazos
las panteras palpitantes.

Nudos vienen cual las palmas,
que sus ramas, cual plumage,
solo tienden en sus cimas
entre los vientos flotantes.

Ornan su atezada testa
plumas de pintadas aves
y en su cintura una banda
que en frecuentes ondas cae.

En sus manos corvos arcos,
en las espaldas carcaces
preñados de largas flechas
con sus puntas de azabache.

Ya tienen los tunezinos
de antiguo y noble linage
que a Bagdad dieron califas
y a Granada Abencerrages,

Que de los cartagineses
heredaron suelo y sangre
y temblar un tiempo hicieron
aun a Roma la triunfante.

Peto, espaldar, greva y yelmo,
escudo, espada tajante
por armas y por adornos
alquizeles y almayzares.

Celestes plumas ondean
sobre su testa arrogante
que los altos pensamientos
de tal prosapia señalen.

Abenamet los gobierna,
su honor a España los trae
y Tarfira los venera
y su esperanza los hace.

Soltando la bella mora
voz denodada a los ayres,
«Tan brava gente -les dice-
»vence ó muere en el combate.

»No con Fernando y con Vargas,
»¡Oh, fuertes moros!, lidiais,
»que lidiais con la Fortuna
»que quiso ser de su parte.

»Y los héroes africanos
»que tienen armas y sangre
»¿las rendiran temerosos?
»¿las conservaran cobardes?

»Solo el atreverse es triunfo
»en una lid semejante.
»Muramos, pero muramos
»como héroes y como alarbes».

Responden en solo un grito
en uno tantos responden,
que atruena las anchas vegas
y hace silvar a los ayres.

«Como alarbes» solo suena
y repite el eco «Alarbes».
Callan y esperan que lides
la bella Tarfira mande.

Ella escucha silenciosa,
hace sonar atabales
y en sus repetidos sonos
dan señales del embarque.

Desfilan los escuadrones,
todos vuelven a las naves
ardiendo en vivos deseos
de ver los cristianos Martes.

7

Hay un escondido valle
cercado de altas montañas,

vestidas de madre selvas
y coronadas de hayas.

El placido Guadaya
en torcidos giros pasa,
besando los verdes mirtos
que descuellan en sus sargas.

Riega avellanos y olmos
que en las cristalinas aguas
pintan su tremente imagen
que hienden anades mansas.

Y las pajizas gayombas
y rosas rojas y blancas
tienden delicados tallos
entre verbenas y gramas.

Allí el aterido soplo
del Bóreas jamas alcanza
ni el aburante Solano
con su ardiente soplo abrasa.

A las aves la frescura
y la mansa luz alhaga,
y de dulce Primavera
siempre el alegre son canta.

En tan encantado circo
sus muros alza un alcazar
que al de Bagdag asemeja
y émulo es del de la Alhambra.

En sus columnas imita
a una corpulenta palma
que al techo sustenta el tronco
y lo adorna con sus ramas.

Circundan sus bellos muros
galerias prolongadas
en que se pierde la vista
y absorta se extasia el alma.

De duras piedras su adorno
con tal arte cinceladas
que, cual si fueran de seda,

se pliegan y se dilatan.

Y miles de predrezuelas
en mil colores bañadas,
formando bustos y flores,
el terso suelo recaman.

Aquí lloró Alguadayra,
la princesa sevillana,
por imperio de su padre
amores que no le igualan.

Aquí, pues que de los reyes
debe ser solo un alcazar,
la prision, y hecha de flores
la cadena si la arrastran.

Y ya aquí el tercer Fernando
que junto a Sevilla acampa,
cuando no batalla ora
y cuando no ora descansa.

Aquí un veloz mensajero
de Tarfira la llegada
le dice y cual con un dardo
su regio pecho traspasa.

«Y que ¿seran tantos meses
»de lides vanos? ¿y vanas
»seran tan frecuentes luchas?
»¿tanta sangre derramada?»

Ora postrado y en llanto
la bordada alfombra empapa.
Suspira, calla y al cielo
humilde manos levanta.

Con resuelta voz al cabo
llama a vigilante guardia
y dice: «En esta hora misma
dispon remeros y barcas».

Sulca ya del Guadayra
las corrientes sosegadas
que entoldan verdes alerces
y defienden altas hayas.

Sobre los claros raudales
las verdosas sombras nadan
y las rompen los grumetes
de los remos con las palas.

El ruiseñor y la alondra
al pasar hacen la salva
y el hijo de Berenguela
pensoso navega y calla

Forma sus tristes arrullos
la tórtola solitaria
que si al remero embebece,
al rey redobla sus ansias.

Llega frente de los Gelves,
do el humilde rio paga
tributo al Guadalquiviro
que lo lleva a la mar cana.

De Gelves, a quien celebra
la clara voz de la fama
por sus repetidas justas
y por sus juegos de cañas,

Llega a la torre famosa
por centinela abanzada
en dilatados herberos
y por ser su alcayde Vargas.

Lo saludan los soldados
con vivas que el alma exhala.
Sigue y descubre las velas
que el bravo Bonifaz manda.

Si las naves de Tarfira
de las suyas tan cercanas
no teme el fuerte guerrero,
al menos dudas le asaltan.

Se presenta el noble rey.
En su frente la esperanza
con su augusto dedo escribe:
«Victoria, huestes cristianas».

Revee bravos adalides,
sus soldados y sus armas.
«Bonifaz, vence a Tarfira»,
pronuncia y callan, y calla.

Sobre su noble semblante
se enciende celeste llama,
sus rojos labios sonrien,
vibran sus ojos luz blanda.

«Venceremos a Tarfira»,
en un grito solo claman.
Vuelve a su barca Fernando
y las naves leván anclas.

8

En un poderoso tordo
que en Tablada va midiendo
a compases el espacio
que hay desde la cincha al suelo,

Sale el fuerte Garci-Pérez,
primero entre los guerreros,
esperanza de su rey
y prez del cristiano pueblo.

Va el valeroso ginete
armado de duro acero
que encienden en viva lumbre
del Sol los rayos primeros.

Encarnadas plumas lleva
y encarnada banda cruza
en varias ondas el peto.

En medio del ancho escudo
lleva dorado letrero
sobre una espada que dice
«Por mi rey y por mi cielo».

En un alazan le sigue
un muy apuesto mancebo,
page suyo de gineta

y en las lides compañero.

Es el alcayde que manda
la Torre de los Herberos,
que no a otro entrega su rey
un tan importante puesto.

Es cual la llave del rio,
frontera del campamento,
el amparo de las naves
y almahacen de pertrechos.

Mas como al lado del rey
para la lid y el consejo
no se le encuentra segundo,
siempre a su lado es primero.

En ellas esta de teniente
Pedro Lopez Acebedo,
que a no ser porque hay un Vargas
el tubiera el primer puesto.

Y como siempre en la guerra
es de los laureles ciertos
la vigilancia el presagio
y del honor el sendero,

Hora que tiene la Torre
tan cerca enemigos fieros,
intenta con prevenirlos,
en el ataque vencerlos.

Va a disponer la defensa,
va a fortificar los puestos,
va a repartir fuertes armas,
va a animar a los guerreros.

Por la alameda de alerces,
que entoldan el llano suelo
dandole sombra y frescura,
va el cristiano caballero.

Ni del claro Sol los rayos
que hieren ramage espeso
y forman madejas de oro
seltas a los vagos vientos;

Ni del jilguero pintado
que da trinos y gorgoros
llevados de arbol en arbol
por los vocingleros ecos;

Ni los saltos ni carreras
y los divertidos juegos
que en el solitario bosque
hacen veloces conejos;

Ni las flores que ó los troncos
ciñen en abrazo estrecho
ó graciosas se derraman
sobre tan limpio terreno;

Ni temor de una celada
que forme enemigo artero
en sitio tan mal seguro
y de los suyos tan léjos;

Nada ve, nada le inquieta,
ocupado en pensamientos
tan grandes como su alma,
tan nobles como su pecho.

Solo Tarfira le ocupa,
solo medita en el riesgo
de que se pierdan los frutos
de tan dilatado asedio.

Diez meses de crudas lides,
mil muertes de compañeros,
continuo afan de su rey,
y esto es lo que siente, esto.

Salen en fin junto al rio,
a los prados descubiertos,
y ven hasta doce moros
armados, fieros y apuestos.

No muy léjos de do iban
ni del camino muy léjos,
que vienen a largo trote
la menuda yerba hiriendo.

Los ve Vargas, los desprecia
y sigue sus pensamientos,
solo el page los numera,
solo se atreve a temerlos.

«Eres uno y ellos doce,
»eres bravo y bravos ellos,
»Señor, a nuestros reales
»mejor es -dice- volvernos».

«Cobarde, vuelvete. Vargas
»es cristiano y caballero
»jamás un moro le ha visto
»a espalda en el campo abierto».

Llegan y los doce moros,
que ven un valor tan nuevo
y un tan gentil continente,
no tardan en conocerlo.

Inmóviles como estatuas,
ni aun para la fuga aliento
sienten y se pasa Vargas
sin volver el rostro a verlos.

Pasa y los tímidos moros,
aunque ya lo ven tan lejos,
sin acción y sin palabras
duran en el mismo puesto.

«Una cófia -Vargas dice-
»Se ha caído. Atrás, mancebo,
»atrás, no me harán perderla
»doce moros más o menos».

Sin esperar la respuesta,
a su tordo toca el freno
y si pasó sin mirarlos,
atrás vuelve sin temerlos.

Lo ven los moros cobardes
y pensando viene a ellos,
toman vergonzosa fuga
a guarecerse en los cerros.

Juzgan tardos los caballos,

de la espuesla romo el hierro,
el freno inflexible piedra
y el tendido prado inmenso.

El adalid se sonrie
y su page toma aliento,
halla su cófia y se torna
a su camino primero.

De Tarfira eran escuchas
los doce que van huyendo.
No llevan nuevas y llevan
deshonor, vergüenza y miedo.

La Fama que tiene alas
veloces cual veloz viento
y publica con cien lenguas
y lo prospero y lo adverso,

Dice lo que Vargas hizo,
lo que los moros hicieron
y corre de boca en boca
uno y otro campamento.

Mas aunque la Fama dice
con cada lengua lo mesmo,
lo entiende el vulgo ignorante
como si fuera diverso.

Ya dicen que huir hizo Vargas
no solo a doce agarenos
del Guadalquivir a orillas,
sino dos mil y doscientos.

De Tarfira en las galeras
va de guerrero en guerrero
sonando el nombre de Vargas
entre envidias y entre miedos.

Ya sin entrar en las lides
logró Vargas el vencerlos.
¿Si tanto puede su nombre
que podra su noble acero?

Arroja lejano Polo
de sus nivosas cavernas
el Boreas que con sus alas
sacude mares y tierras.

Hiere las pintadas popas,
llena las tendidas velas
de las galeras cristianas
que contra Tarfira vuelan.

Las ondas del claro rio
ante las proras elevan
y para tornar a alzarse
entre espumas se despeñan.

Los guerreros de Fernando
van cantando las proezas
y bendiciendo a los cielos
que tan felices los llevan.

Por las tendidas marismas
ir su ansiosa vista dejan,
que alla en los cielos se pierde
bañados de luz serena.

Miran el mugidor toro
ó la pacífica oveja
ó el gallardísimo potro
que pasta sabrosa yerba.

Una fusta no muy léjos
descubren al dar la vuelta
de un cabo que coronado
de olmos las corrientes quiebra.

Es de la armada enemiga
abanzada centinela
y, al ver las cristianas naves,
bate remos, velas suelta.

No con mas furor persiguen
los canes entre las selvas
al javalí por que ansian
si descuidado lo encuentran,

Que Bonifaz y los suyos
a la nave descubierta.
Con fieros gritos la asustan,
la maltratan con sus flechas.

Ella su libertad fia
a su afan y diligencia.
Su salud no de las armas,
sino de la fuga espera.

Bonifaz desde su popa
«Soldados -grita-, esta presa
»os vale toda la armada
»enemiga, ¡sús!, a ella.

»Que no reciba Tarfira
»de nuestra venida nuevas.
»Entre el descuido y el ocio
»sera seguro vencerla».

La nave de Nuño Diaz
de todas la mas velera
se adelanta y sobre el agua
no navega, sino vuela.

Gime el robusto remero
y rechinan las entenas,
grita el adalid osado
y los soldados vocean.

Y ya los ferrados dientes
para el abordage aprestan
y por lograr ser primeros
sobre la borda se estrechan.

El piloto de los moros
incierto vacila, tiembla,
rige mal el gobernalle,
vara sobre las arenas.

«Sois prisioneros -les grita
»Nuño Diaz- las banderas
»arriad, bajad las armas».
Responde nube de flechas.

De Farfan llega la nave

y los dos la mora cercan,
ardiendo en ira el cristiano
al ver la injusta defensa.

Y no bando de langostas
del sabroso grano hambrientas
sobre doradas espigas
se lanzan en la pradera,

Como irritado se lanza
de un salto sobre la presa.
Las espadas a los ayres
dan luminosas centellas.

Suena el hierro, suena el grito
de muerte que el viento lleva
a los ecos asustados
que mudos callan y tiemblan.

Es todo en la quilla horrores
y entre la sangre que humea
se alza la voz de victoria
que por Fernando celebran.

«El cielo esta por nosotros.
»Vencirnos la lid primera»,
claman y siguen el rumbo
hasta que a Tarfira encuentran.

10

Llenas de gozo las almas
de los cristianos guerreros
y llenas las anchas velas
de próspero y largo viento,

Aprestando fuertes armas
y maquinas y pertrechos
y ardiendo en honor y saña
los pundonorosos pechos,

Va Bonifaz por el rio
ansiando por el encuentro
que la suerte de Sevilla
decida en aquel desierto.

Oye lejanos rumores
y gritos del agareno,
indicio de que ya ha sido
el intento descubierto.

Ve sus naves prevenidas
a el combate alla a lo luengo,
ordena al punto las suyas
como adalid tan experto.

En tres divisiones forma
sus naves y sus guerreros
el arabe y asi espera
el tan dudoso suceso.

Abenamet con la gente
de Tunez manda en el centro,
Abufar el diestro lado,
Alafut manda el siniestro.

Manda la bella Tarfira
en el buque mas velero
ó mas bien el amor manda
y de victoria el deseo.

Quiere la mora estar sola
por poder estar a un tiempo
en todo trance llevando
la flor de los agarenos.

Marchan los buques cristianos
en media luna dispuestos:
la izquierda manda Portillo
y la derecha Morquecho.

Y del Almirante un hijo
va por capitan del centro,
honrado como su padre
y fogoso cual mancebo.

De la mas fuerte galera,
que defienden cien guerreros
para toda ocasión prontos,
Bonifaz lleva el imperio.

Asustan lanzas, que erizan
a las naves, y en los hierros
que cortan a sus corrientes
continuos silvos da el viento.

Alhagan con sus matizes
en mil colores diversos
las garzotas y las plumas
que tiemblan sobre los yelmos.

Deslumbran rafagas vivas
que de escudos y de petos
saca el Sol cuando los baña
con sus brillantes reflejos.

Un grito de furor suena
cual el bramido del trueno
que rueda de nube en nube
los raudos aires rompiendo.

Vuela el Aquilon rugiente
que de su aterido seno
lanza el Polo de entre sombras
que cubren su eterno hielo.

El Genio del mar bramante
arroja al uracan fiero,
abortado entre borrascas
y concebido entre incendios.

Se chocan. Ninguno cede.
Girne el oprimido suelo.
Levantán entre sus brazos
pedras, arboles y techos.

Y en girantes remolinos,
las altas nubes batiendo,
rompiéndolas en mil trozos,
obscurecen tierra y cielo.

Y el rudo fragor retumba
en el monte y el otero,
atruena valles y prados
y hace enmudecer los ecos.

De las contrarias armadas

tal fue el horroroso encuentro.
Ni ceden ni se adelantan,
firmes en su primer puesto.

Y llenan los aires flechas,
lanzas, escudos deshechos,
piedras, garzotas y plumas,
trozos de velas y remos.

Del vivo gritos de rabia,
del herido ay lastimero,
gemidos del moribundo,
vertida sangre del muerto.

El Genio del Bétis siente
de las galeras el peso
y el hervor de sus raudales,
y fuera saca su cuello.

La lid mira, se estremece
y sobre el rugoso seno
de sus compasivos ojos
van las lagrimas cayendo.

Al fin el ala derecha
cede ya del agareno
y Portillo abordar logra
la nave de Abufar fiero.

Entra en ella ardiendo en saña,
hollando vivos y muertos.
«¿Abufar, do estas? No huyas,
»combatamos cuerpo a cuerpo».

Abufar, que oye, le insulta.
Él corre de enojo ciego
y si es diestro y es valiente,
Portillo es valiente y diestro.

No los Cíclopes en Etna
batiendo el ardiente hierro
dan mas rumor que luchando
dan ambos fuertes guerreros.

El moro rompe al cristiano
el duro escudo por medio,

mas el cristiano del moro
cercena el brazo derecho.

Con el izquierdo pelea
rabioso por mucho tiempo
mas con dolor de los suyos
Portillo le pasa el pecho.

Los moros desalentados,
que sin caudillo se vieron,
y sin caudillo que vale
solo por millares de ellos,

Huyen, mas suena en la tierra
de pífanos el estruendo
y de caballos que baten
con pies trotantes el suelo.

Es Abenut Rey de Niebla,
que puesto al flanco derecho
de la armada del cristiano,
le hace abandonar su puesto.

Replegada se defiende
mal de dos contrarios diestros.
Agua y tierra es en su contra,
y en su favor solo el cielo.

¡Oh, Musa! ¿Tu me abandonas?
¿Y por que tu voz no siento?
¿Horrorizada me muestra
el agua el virginal dedo?

¡Ay! que las linfas sangrientas
vuelcan abollados yelmos,
trozos de lanzas, escudos,
turbantes, plumas y petos,

Y piernas desbaratadas
y brazos medio deshechos
y troncos sin pies ni piernas
y cabezas aun latiendo.

Moribundos que en el labio
ahoga el rio el ay postrero
y cuerpos muertos que arrollan

al virar los buques prestos.

Bonifaz, que de los suyos
ve el estrago y mira el riesgo,
alzando al cielo los ojos
de él solo espera el remedio.

11

Con escogidos ginetes
Vargas de Tablada sale
porque le manda su rey
que socorra al Almirante.

Caminan apresurados
porque de guerra en los trances
es siempre la diligencia
de la felicidad madre.

Dicen sobre los amores
que a Tarfira dejar hacen
los placeres del palacio
por los peligros de Marte.

Ó como advertidos hablan
de los ardidés y artes
que han de darles la victoria
en el cercano combate.

Ó ya la belleza admiran
de los sevillanos valles
sobre que la bella Flora
sus fecundas manos abre.

Y viendo en tales vergeles
bellas flores, luz suave,
ansian por quitar al moro
lo que tuvieron sus padres.

Por alameda de alerces
hacen su oculto viage
para no ser descubiertos
de Coria ó de Aznalfarache.

Pasan un bosque de bresos

y a Herberos al cabo salen,
donde Acebedo y su gente
ledos saludan su alcayde.

Pisando de la Marisma
los inmensos arenales
do levantan los caballos
dorados granos al aire,

Al Guadalquivir llegaron
donde breve poso hacen
y Vargas dice: «Soldados,
»el moro esta a la otra parte».

Él primero da a la espuela,
pisa la espalda ondeante
del sesgo río y los suyos
se emulan por imitarle.

Del caballo hiende el agua
el ancho pecho anhelante,
la hace temblar con su aliento
y con sus manos la bate.

El escuadron se duplica
pintando en tersos raudales
las sombras a los ginetes,
los caballos y plumages.

Hierven las aguas heridas
y mil remolinos hacen
en que bulle blanca espuma
que al ayre se eleva y cae.

Pisa el caballo la orilla,
sacude la crin flotante,
relincha, hiere la arena
y obedece a el azicate.

Cuidoso Vargas camina
que de la armada no sabe
y el corazon en el pecho
sañoso palpita y late.

Oye al fin rumor lejano
cual resuena el de los mares

en una callada noche
en el no lejano valle.

Calla, escucha, ya no duda,
de pífanos y atabales
distingue el son y los gritos
que arroja el marcial coraje.

«Llegamos a tiempo», clama,
da la espuela a los ijares
del caballo. Bufo, arranca,
corre y espumas esparce.

Ve a Abenut encarnizado
vertiendo cristiana sangre,
no esperando que por tierra
el enemigo le asalte.

Sobre el tranquilo rebaño
no hay lobo que así se lanze,
como la gente de Vargas
se abanza sobre el alarbe.

Recibe el choque primero
sin que supiera esperarle,
conoce al invicto gefe
en sus armas y coraje.

Tímidos sus corazones
en frecuentes golpes laten,
huyen y Abenamut furioso
procura el paso cerrarles.

Ya los caballos cristianos
hollando pasan alarbes,
bañada la piel sudosa
en la niebladina sangre.

Y Mahandon, yerno del rey,
recibe un bote pujante
sin que de escogidas armas
el temple a salvarles baste.

El Maestro de Calatrava,
que junto a Vargas combate,
arrebata la bandera

de manos del fuerte Tarfe.

Vacila Abenut, blasfema
y ya no sabe qué mande.
La morisma sin caudillos
en grupos anda vagante.

Lanzan los yertos Triones
al Aquilon derrocante
que bramando se despeña
sobre los inmensos mares.

Alza montañosas olas,
arrolla las altas naves,
vuelca en la arenosa playa
a los añosos pinares.

Así el escuadron de Vargas
arrolla, vuelca y deshace
a los moros temerosos
que inútiles lanzas blanden.

Al fin cual suele de abejas
algun oficioso enjambre,
si ha perdido la colmena,
volar por el campo errante,

Y ya remolinos forman,
en desbandadas se abren
y a unirse tornan y tornan
otra vez a dispersarse,

Así el escuadron morisco
sin orden ni gefes parte
errando por la llanura,
aturdido o vacilante.

Los cristianos los persiguen,
los hieren y los deshacen.
Muchos nueva muerte buscan
corriendo a entrar en las naves.

Bonifaz sobre las aguas
no menor destrozo hace.
Temiendo el moro la tierra,
mal en el agua combate.

Seis galeras aprisiona,
tres sepultó en los raudales,
algunas veloces huyen,
otras en vil ocio yacen.

Alafut recibe un golpe
casi en los últimos trances
con que la espada de Torres
su yelmo y su frente abre.

Mas si muere, hiriendo muere,
como entre los colmenares
la abeja si ansiosa mano
llega a tocar sus panales.

Sobre la tilla que hierve
con tanta espumante sangre,
muere y al morir se acuerda
de sus patrios arenales.

Una voz suena que clama:
«Es muerta Tarfira, alarbes»,
y los moros de las manos
las pesadas armas caen.

Todos banderas arrian.
Suenan ecos funerales
y gemidos y suspiros
vuelan a los claros ayres.

A la nave de Tarfira
compasivo el Almirante
pasa por ver una mora
fino modelo de amantes.

En rededor de su rostro
vagan sombras sepulcrales
y el oro de sus cabellos
perdió ya su claro esmalte.

Aun respira y de su peto
aflojan el correaje
por ver si a su cruda herida
hallan remedio que baste.

Ven sus dos turgentes pomos
que imitan las naturales
con amarillez de muerte
y púrpura de la sangre.

El nombre de Alí se ahoga
en los que fueron corales
y ya son cardenos labios
que languidos se entreabren.

Cierra los nublados ojos,
la testa inanime cae
y un falleciente suspiro
del herido pecho sale.

¡Ay! El alma enamorada
exhala a los puros ayres.
Mejor muerte merecia
su valor y amor constante.

12

Antes que la negra noche
mande los tranquilos sueños
que del luchador soldado
aduerman los lasos miembros,

Quiere el cristiano Almirante,
hoy de laureles cubierto,
cumplir como buen vasallo
y como buen caballero.

Al Maestro de Calatrava
manda a Fernando tercero
porque las nuevas que lleva
piden tan buen mensajero.

Con lagrimas de alborozo
al escribir mancha el pliego
y la placida alegria
inunda su hidalgo pecho.

Dice el valor de su gente
y del moro el ardimiento
y le dice la victoria

que quiso darles el cielo.

A la infelice Tarfira
los funerales obsequios
dispone, que no merece
su amor y su valor ménos.

Porque es de nobles varones
exentos de envidia y miedo
honrar aun del enemigo
virtud y merecimiento.

Las flamulas y banderas
y gallardetes son negros
en la nave de Tarfira
tristemente al ayre sueltos.

En las bordas y en las cofas,
entenas y masteleros,
arden funerales hachas,
la tilla riega el beleño.

Trompetas y atabal sordos
tocados de tiempo en tiempo
dan sus pausados sonos,
melancólicos lamentos.

Espesas y pardas nubes
ocultan el firmamento,
nieblas gravan agua y tierra,
duerme silencioso el viento.

Solo la obscuridad hienden
melancólicos reflejos
que destella Casiopea
desde el medio de los cielos.

Parece azar que en tal noche
del moro aumente los duelos
la memoria de esta reyna
de desgraciados ejemplos.

Ni rumor de arbol se oye
ni de las aguas estruendos
ni de las nocturnas aves
ronco son y sordo vuelo.

Solo la tórtola gime
en la selva alla a lo luengo
No ménos tristes canciones
de tal muerte digna fuéron.

Callan cristianos y moros
y de la guerrera el cuerpo
en el alcazar de popa
descansa en tapete negro.

En cipres y adormidera
orlan del largo cabello
desordenadas madejas
sueitas sobre el alto seno.

A la próximas orillas
cuatro agerenos la llevan
y el Almirante con Vargas
y Abenamet van tras ellos.

Con triste silencio pasan
de la morisma por medio
que ó curiosa los contempla
ó llorosa esta sintiendo.

Lentos suspiros a veces
hienden el callado viento
y el nombre de Alí y Tarifa
tal cual vez repite el eco.

Ya la dura tierra cae
sobre el desgraciado cuerpo,
siendo lo último que cubre
el virgen, herido seno.

Bonifaz escribir manda
allí en un cercano fresno
porque dure su memoria
a un cristiano tal letrado:

«Las flechas de los amores
»hirieron feménil pecho
»y del furibundo Marte
»las flechas también lo hirieron.

»Por su amante batallaba.
»No le dió fortuna el cielo.
»Su amor y valor admira,
»llora su fin, pasajero».

Hasta la noble memoria
de los héroes borra el tiempo.
Respetara al de Tarifa
de amor y valor modelo.

Porque en venideros dias
pueda servir de recuerdo,
Tarifa a estas solas playas
ha de dar su nombre mesmo.

CELINDA ZELOSA

Cuando la rosada Aurora
llega a las puertas de Oriente
y en las floridas praderas
lumbre derrama y placeres,

Sale de Sanlúcar Zayde,
moro el mas galan y el mas fuerte,
que amores dijo a las damas
y fieros dijo a valientes.

Lo vio la bella Celinda
que no durmió para verle
y encontró en su vista males
cuando creyó encontrar bienes.

Va a Alfareche a jugar cañas
por las paces de los reyes
Arxataf el de Sevilla
y el de Granada Muley.

Cabalgaba el fuerte moro
sobre un alazan valiente,
como andaluz esforzado,
gallardo como el ginete.

Rojo vestido le adorna,
le coronan plumas verdes,

verde alquizel le hermosea
que las leves auras mueven.

En la punta de la lanza
un verde pendon se mece,
verde el campo del escudo
que cercan verdes laureles,

Con una dorada letra
en que dice «Por mi ausente»,
para que su amor constante
color y letra demuestren.

Lo ve la hermosa Celinda
y, llena de rabia al verle,
exclama: «¡Oh moro ingrato!
»Que color y letra es este?

»¿Sera acaso por la hija
»del Alcayde de los Gelves
»que tiene nombre de hermosa
»y de noble fama tiene?

»De ese nuevo amor, ingrato,
»diste ocasion que sospeche
»desde las justas que hizo
»Arxataf por el setiembre.

»Que no faltó quien me dijo,
»y lo dijo aunque me pese,
»que era suya aquella banda
»que sacaste roja y verde.

»No la quieres por ser bella,
»no por ser noble la quieres,
»que en nobleza y hermosura
»bien sabes que no me excede.

»Sí, porque tu eres mudable
»mas que el agua que ella bebe
»del Guadalquivir soberbio
»donde tu memoria tienes.

»Ala permita, enemigo,
»por quien soy y por quien eres...»
Mas iba a decir la mora

que los celos enmudecen.

Zayde la mira ceñudo,
a su caballo arremete
con los azicates
y a su vista desaparece.

REDUAN Y GAZUL

Reduan sale a la vega,
a la vega Gazul sale.
Uno ufano con sus dichas,
otro triste con pesares.

Uno de amor logra bienes,
otro de amor llora males,
porque el amor como es ciego
dones no iguales reparte.

A Reduan Lindaraja
esquivo muestra el semblante,
a Gazul el venturoso
siempre alhagüño y suave.

Las empresas y colores
que ambos llevan en sus trages
indican el gozo y pena
que en sus corazones traen.

Lleva de encarnado y verde
Gazul vestido y plumage,
de morado y amarillo
Reduan el arrogante.

Los ve Granada y rezelan
que la salida en mal pare
cuantos su valor conocen,
cuantos sus amores saben.

Reduan a Gazul reta,
cual si las armas y sangre
a el ciego amor sus caprichos
pudieran nunca enfrenarle.

Los halla Muza que vuelve
de los tristes funelares
del esforzado Albayaldos
muerto en furioso combate.

En las manos del Maestre,
hijo querido de Marte,
la vida mas no lo honra
dejó el buen Abencerrage.

Cortesano los saluda
y se atreve a preguntarles
la causa de que se muestren
tan sañudos los semblantes.

Le dicen su desafio
y que no hay fuerza que basten
a no ser las de la muerte
para ponerlos en paces.

Con razones comedidas
pide Muza que armas bajen
y que a un Dios de sinrazones
no hagan sangriento omenage.

Reduan ceder no quiere.
Clamando por el combate,
enristra su fuerte lanza
y dice a Gazul: «¿Que haces?

»Ya de ti y de tus venturas
»llegó el hora de vengarme».
«Vengate, si puedes», dice
Gazul ardiendo en corage.

Revolviendo los caballos
con esfuerzo y con donaire,
en repetidos encuentros
profundas heridas se hacen.

Muza que no vio ventaja
en ninguna de las partes,
metiéndose entre los dos
la sangrienta lid departe.

A Granada se los lleva,

que los brazos a ambos abre
y recibe si no amigos,
no enemigos como antes.

DARAJA ZELOSA

Apenas la bella Aurora
asoma por el Oriente
y sobre el herboso prado
perlas, risas y la luz vierte,

Apenas los pajarillos
cantan tonadas alegres
saludando al nuevo día
que dulce las amanece,

Sale de Sevilla Muza,
moro el mas apuesto y fuerte,
entre damas comedido
y entre guerreros valiente.

Lo ve la hermosa Daraja
que madrugó para verle,
porque supo que salia
a jugar cañas a Gelves.

El alcayde de su torre
casa su hija con Hamete,
moro bello cuanto rico,
rico cuanto bravo y fuerte.

Para celebrar las bodas
celebrar las justas quiere
y grandes premios anuncia
para llamar combatientes.

Sobre un overo robusto
cabalga el bravo jinete,
crin crespa, poblada cola,
ancho pecho y corta frente.

Blanco vestido le cubre,
con todos los cabos verdes,
verde almayzar, verdes plumas

y verdes los alquizeles.

Verde el pendon de la lanza,
del escudo el campo verde
con una letra en su centro
que dice «Mientras luciere».

Lo ve Daraja y quisiera
ser ciega para no verle.
Por no verle mas al Cielo
airada los ojos vuelve.

«¿De los hijos de Mahoma,
»grande Ala -prorrumpe-, es este
»el amor? ¿Y la fé es esta
»que un noble moro promete?

»Ya el nombre de esta Lucinda,
»hija del grande Maestre
»de la cruz bermeja, suena
»en Sevilla aunque me pese.

»Ya las finezas de Muza
me sospeché varias veces
con esta enemiga mia
por mi desgraciada suerte,

»¿Pero aquel mote, aquel mote
»no llevaba el nombre patente
»de la que le da la insignia
»y la que la empresa ofrece?

»Lucinda tan solo luce
»en aquel Mientras luciere
»y ella luce para Muza
»y su luz ciego lo tiene.

»¿Y el verde de sus adornos
»no descubre claramente
»que es Lucinda su pecho
»y Lucinda hace que espere?

»¡Traidor! ¿Esperas? ¿y esperas
»que tu Daraja te deje
»gozar con ese amor nuevo
»los gustos que te prometes?

»¿Yo? ¿Yo por una cristiana
»he de sufrir que me trueques?
»y por unos garzos ojos
»mis ojos negros desprecies?

»¿Que un amor de muchos años
»dejes por uno reciente?
»¿Que unas promesas antiguas
»por unas nuevas quiebres?

»Hermanos tengo y hermanos
»que son deudos de tus reyes
»y en el campo de Tablada
»te quitaran el que esperes.

»Aquellas verdes preseas
»haran que en el polvo vuelques
»y que muera tu esperanza
»en la lid en que murieres.

»Y cuando no, hara Mahoma,
»a quien dejandome ofendes,
»que a esta tu antigua Daraja
»tu nueva Lucinda vengue.

»Ella te huira si la buscas,
»te odiara si tu la quieres,
»dura sera si tu tierno,
»si eres fuego sera nieve.

»Has de ver que te abandona
»por seguir a otro valiente,
»ella ofendera a mi Muza,
»como a tu Daraja ofendes.

»No esperes que el justo cielo
»tu infidelidad tolere.
»Permitira que te hieran
»por los filos que me hieres.

»Me gozaré en sus desprecios,
»me alegraré en sus desdenes,
»me complaceré en tus penas,
»me reiré cuando sintieres».

Al decir esto la mora,
nica en beldad, pobre en suerte,
entra y se arroja en su lecho,
hechos sus ojos dos fuentes.

EN LA MUERTE DE ABENAMAR

1

«Río verde, río verde,
»¿quien enrojeció tus aguas
»a que dio placido nombre
»el color de la esmeralda?

»¿Y quién purpuró la espuma
»con que tus adelfas bañas
»y las riegas de carbunclos
»cuando antes perlas les dabas?

»¿Quién esos rojos carmines
»en tus arenas derrama
»que antes tus claros raudales
»cubrieron de fina plata?

»Floreillas de estas vegas,
»¿quién vuestras hojas desmaya?
»vuestro arrebol encendido
»¿qué mano enemiga apaga?

»Avecillas parladoras,
»¿por qué vuestro canto calla
»y mudas sois cuando asoma
»por el alto Oriente el Alba?

»Ecos que de el monte a el valle
»de el valle a las cañadas
»llevais acordes sonos,
»¿quien? ¿quien vuestras lenguas ata?

»Ninfas del campo de Loja,
»¿quien a vuestros ojos agua?
»¿quien ayes a vuestros labios
»¿desapiadado os arranca?

»Ignorante pasajero,
»no conociste a Abenamar,
»noble, galan, esforzado,
»rico en bienes, grande en fama.

»En las lides arrogante,
»comedido con las damas,
»amigo de sus amigos
»y amante de Lindaraja

»En estas solas riberas
»el Maestre de Calatrava
»quitó el amante a la mora
»y su defensa a Granada.

»No murió como cobarde,
»cien de las lanzas cristianas
»desigual batalla hicieron
»con solas diez moras lanzas.

»Abenamar nunca supo
»volver al riesgo la espalda.
»Aquí como Abencerrage
»derramó su sangre hidalga.

»Aquí dejó sangre y vida
»a estas praderas lejanas,
»dejó dolor a su amante
»y dejó luto a Granada.

»Le lloran las damas moras,
»suspira el rey en su falta,
»le lamentan los soldados
»y aun los cristianos la aman.

»Desde que murió parece
»que gracias al campo faltan
»y las Ninfas de río verde
»le condolemos calladas.

»Para un hombre de sus prendas
»ningunas lagrimas bastan
»y los Genios de la guerra
»luto en el mundo derraman.

»En la silenciosa noche

»resuena una voz cansada
»de lo cóncavo del monte
»que triste dice: Abenamar,

»Ve, ve alla a Generalife
»y dirás a Lindaraja
»que las Ninfas de río verde
»en su dolor le acompañan».

2

Sobre el Alhambra retumba
la trompeta de la Fama
y en broncos sonos esparce:
«Murió el valiente Abenamar».

«Murió Abenamar» resuena
por las calles de Granada.
«Murió» repiten los ecos
desde Jaén a la Alhama.

«¡Ala! ¿que rumor es ese?
»-preguntaba Lindaraja-
»¿Moros, es cierto? ¿calláis?
»No sé que presagia el alma.

»Sí, si, que por azar siempre
»son ciertas las nuevas malas
»y mucho más si cual éstas
»son voces anticipadas.

»¿Abenamar en las lides
»morir? ¿Qué lanza cristina
»competir por jamás pudo
»de Abenamar con la lanza?

»¿No llevaba siempre el luto
»en la punta? ¿No llevaba
»a muerte de los cristianos
»y el prez de las moras armas?

»¿Pero una traición acaso...?
»¿Qué dices desalumbrada,
»si los moros lo veneran
»y los cristianos le acatan?

»¿Y el amor, a quién servía
»y salvado en la batalla?

»Vive mi Abenamar, vive,
»vive para Undaraja,
»y yo le tendré en mis brazos
»antes que las sombras caigan».

En esto vio que subía
por las cuestas empinadas
que a Generalife llevan
un moro, la lanza baja.

Plumas negras en su testa
al vago viento ondeaban
y en su mano un roto escudo
y una deshecha celada.

Tiembla, mira, a mirar torna.
«¡Ay! -dice con voz turbada-
»¿no es el paje de jineta
»del dueño que idolatraba?»

«Murió, murió». Se le helaron
en los labios las palabras.
Desmayada la sostienen
los brazos de sus criadas.

3

En la ciudad de Granada
se levanta rumor grande
y hierve inmenso gentío
por todas las luengas calles.

No hay cabeza que no lleve
sobre sí negro plumaje,
no hay pecho a quien banda negra
no cruce los almaizares.

Y no hay mora que no lleve
cubierto el triste semblante
con una atezada toca
presa con negro cintaje.

Todos callan y se oyen
tan sólo sentidos ayes
en los desiertos balcones
que en mudo silencio yacen.

En sus cubiertas barandas
lucen hachas funerales
que no turban vivos vientos
pues quiso el cielo que callen.

Aun las brillantes estrellas
su trémula luz no esparcen
para que al Genil la noche
con más densas sombras grave.

Moros, aire, estrellas, noche
el sentido luto hacen
al cadáver de Abenamar
que a Granada amigos traen.

Ya por la puerta de Elvira
entran los Abencerrajes
en despalmados caballos,
tardos pisando las calles.

De triste ciprés adornan
la cabeza en que plumajes
rojos un tiempo ondeaban
y las garzotas temblantes.

Arrastrando por el polvo
las ferradas lanzas traen,
las que enhiestas caminaban
cuando iban al combate.

Los Zegríes y Gomeles
vienen con ellos delante
y sus ocultos rencores
hace tal muerto que callen.

En hombros de los soldados
de Abenamar el cadáver
viene envuelto en blancos lienzos
y en torno mil hachas arden.

Viene detrás su caballo

con sus armas relumbrantes,
que tristemente hacinadas
sobre los arzones caen.

Llegaron a Vivarrambla,
donde es forzoso que paren,
mientras a orillas de Darro
el triste sepulcro abren,

Para que a la honrosa tumba
bese el río cuando pase
y del muerto la memoria
al Betis pueda llevarle.

No hay quien allí no le llore
y no hay allí quien no hable
de las virtudes del moro
que la Fama hace inmortales.

Lo dan a la dura tierra
cuidando de que se alce
sobre la tumba una piedra
do su memoria se grabe.

«Pasajero -así escribían-,
»Abenamar aquí yace,
»amado en vida y en muerte.
»Llóralo y pasa adelante».

En la calle en que vivía
manda el rey Chico se estampe
«Calle del moro Abenamar»
y que siempre así se llame.

A ruegos de sus amigos,
tal letra escribir le place
para gloria de un valiente
que lloraran las edades.

Vendrá un tiempo en que en Granada
un Fernando entre triunfante
y respetará tal letra
y hará que el nombre se guarde.